

RAFAEL PAÍNO PICHARDO

PLINIO B. PINA CHEVALIER

SEMBLANZA DE UN CABALLERO

EDITORA MONTALVO

Ciudad Trujillo, R. D.

1956





PLINIO B. PINA CHEVALIER.
Fallecido en New York el 18 de Octubre de 1956.

DEDICATORIA

*En memoria de un amigo inolvidable,
cuya vida estuvo siempre consagrada a nobles
empeños y elevados propósitos,
el Autor ofrece este testimonio de afecto
al recuerdo de*

Alinio R. Pina Chevalier

*a la vez que asocia en este triste homenaje
a los también deudos espirituales del extinto,
señores Ernesto B. Freitas, Modesto E. Díaz,
licenciado Emilio Rodríguez Demorizi,
licenciado Rafael O. Galván, doctora Minerva
Bernardino, Louis M. Vidal, Cristian Lugo,
Luis y Angel E. Elmúdesi,
Salvador Sturla, doctor Enrique de Marchena y
Bernardo Enrique Pichardo Ricart*

Para mi excelente amigo el Sr. don Carlos Fr. de Mayn, en recuerdo de un buen amigo de ambos. Con un abrazo de

Plinio B. Pina

1956.

PLINIO B. PINA CHEVALIER

SEMBLANZA DE UN CABALLERO

- I. Un roble ha caído.*
- II. Proceridades del linaje.*
- III. En el ámbito de San Cristóbal.*
- IV. Solidaridades entrañables.*
- V. Actuaciones públicas.*
- VI. Tristezas del atardecer.*

1. Un roble ha caído.

En contraste doloroso con las tantas felices oportunidades en que el afecto de familiares y amigos se movía para estrechar entre los brazos los latidos de un corazón que sentía la alegría de vivir, estamos aquí reunidos esta noche, en la Ciudad Benemérita de San Cristóbal y bajo el acogimiento del "Casino Trujillo", para recogernos en nuestro propio dolor por el retorno de un cuerpo sin alientos, evocando el espíritu de Plinio B. Pina Chevalier, en su solar nativo, en "su patria chica", que amó con mayor intensidad de nostalgia mientras fué más grande la distancia que de ella lo alejara.

Es, pues, la de esta noche, no una velada recreativa como las que con gran prestigio celebra este centro, sino luctuosa, para lamentar con el alma en duelo una pérdida irreparable en la sociedad dominicana.

Cerrados ya están para siempre aquellos ojos que se dilataban con asombro a cada nueva impresión de luz que su corazón recibía cuando visitaba el terruño querido, al comprobar, con pasmo emocionado, el singular esfuerzo que a diario cumple un predestinado para la glorificación de la Patria que él simboliza, y a quien admiraba apasionadamente al par que por estrechas vinculaciones familiares, por la obra que realiza trocando en nobles certidumbres insospechables un siglo de sangre, dolor y lágrimas.

¡Cómo se anubla el alma de congojas con la sola evocación de un nombre implicativo de cordial afabilidad para cuantos le estrechaban las manos!

Se fué de la vida como un soplo ahogado en la vorágine de la ciudad en que vivía, sin proferir una sola queja, ni dejar entrever inquietud alguna, ni mostrar flaquezas de espíritu para recibir la hora que él sabía le estaba llegando. Murió como había vivido, sonriendo con placidez de jus-

to, sin haber nunca provocado daño, ni dejado jamás que designio avieso pudiera alterar la serenidad de su temperamento. Pero aún cuando ya no es posible pretender por más tiempo la ignorancia de la realidad amarga, me parece que si él se ha alejado de nuestro lado no lo es para una ausencia que durará por toda la eternidad.

Fué el suyo un carácter similar a los de sus homónimos en la Historia: Plinio el Antiguo y Plinio el Joven. Al primero, se asemejaba por el amor a los libros como fuente de cultura y la clarividencia para observar los fenómenos de la naturaleza humana, y al segundo, por haber nacido con una índole reflexiva para formarse juicios de las cosas sin incurrir en debilidades ni mostrarse excesivo en la severidad, inclinándose siempre a la benevolencia. A su recuerdo no se le podría rendir mejores distinciones que las del reconocimiento, porque fué un caballero que vivió a plenitud su innato señorío.

II. Proceridades del linaje

Entre los que ardorosamente ayudaron a Juan Pablo Duarte desde el año 1838, siguiéndole siempre como fieles discípulos en todos los infor-

tunios y haciéndose solidarios con él para fundar la sociedad patriótica “La Trinitaria”—que tan noble esfuerzo desplegó para la creación de la nacionalidad—se destaca Pedro Alejandrino Pina como uno de los más fervorosos y constantes colaboradores en aquella gigante labor. Por su ardiente patriotismo ningún reconocimiento podría ser más honroso para su memoria que aquel que le consagra el padre de la Historia dominicana. Don José Gabriel García, en páginas de su obra “Rasgos Biográficos de Dominicanos Célebres”, y en las que aludiendo al prócer esclarecido, lo señala como que ha podido “bajar al sepulcro satisfecho del cumplimiento de sus deberes para con la Patria”.

Desde sus primeros años él demostró “que a una clara inteligencia reunía una aplicación prodigiosa y una rectitud y principios ejemplares”, —sigue diciendo el historiador García—, y tuvo fama de haber sido el mejor alumno del plantel en donde cursó sus estudios en tiempos de terror y de oprobiosa dominación extraña, distinguiéndose responsablemente por su inquebrantable adhesión a sus compañeros dominicanos, en memorable ocasión, frente al Director y profesores haitianos del Instituto al que asistía forzosamen-

te por ser el único que en esa época funcionaba. ¡Crueldades del destino! Tener que estudiar en textos escritos en lengua ajena y mezclar las dulzuras del idioma materno con vocabularios y expresiones propias del ambiente doloroso en que vivía: era un obstáculo que se oponía a la palabra nativa como para tenerla amordazada, aunque el pensamiento seguía siempre libre!

Antes de que se rompiesen las cadenas de la esclavitud y asomara la aurora del día de la redención, nuestro prócer tuvo que extrañarse del suelo patrio en unión de Juan Isidro Pérez para acompañar a Duarte y sustraerse a la encarnizada persecución de que venían siendo objeto por los enemigos de nuestra libertad. Desde entonces comenzó a conocer las amarguras del destierro, las cuales seguiría saboreando varias veces más hasta su muerte.

Apenas llegado al país con Duarte y Pérez, después de haber sido proclamada nuestra Independencia, tuvo participación bien activa y mejor intencionada en la obra organizadora de aquellos días. Pina, que tuvo la gloria de ser el más joven de los trinitarios y el más fogoso en la tribuna, formó parte de la Junta Central Gubernativa y cuando se iniciaron lamentables discordias

a raíz de nuestra emancipación política, fué encarcelado habiendo recibido ofrecimientos del General Santana, por mediación de un amigo de ambos, de ponerle en libertad y darle garantías a cambio de protestar contra la proclamación de Duarte como candidato a la Presidencia de la República, a lo que respondió con altivez patricia: "Dígale usted al General Santana que prefiero no sólo el destierro sino la muerte misma, antes que negar al hombre que reconozco como Caudillo de la Separación". Días más tarde, por segunda vez, fué Pina al ostracismo con Duarte, Sánchez, Mella y otros destacados febreristas.

Comprendido en la solemne amnistía de 1848, regresó al país y fué designado Secretario de Guerra y Marina, siendo breve su permanencia en el hogar y en el cargo, ausentándose nuevamente para Venezuela "para sustraerse del odio de sus rivales políticos, triunfantes otra vez". ¡Qué peregrinación tan doliente la suya por playas extranjeras que en esta ocasión lo alejó del país en prolongado extrañamiento de trece años!

No es propósito mío el de hacer una relación pormenorizada de las alternativas sufridas por el prócer a lo largo de su vida política, pero no puedo dejar de mencionar que cuando volvió del

destierro fué para responder a una interrogante con la voz de su dominicanidad que jamás se había apagado.

Enterado de la anexión a España encontrándose en la ciudad de Coro—que fué compasivo refugio de sus tristezas como expatriado—entró con Francisco del Rosario Sánchez por Haití al reclamo de la Patria en peligro, incorporándose en seguida al grupo del General José María Cabral que alcanzó una victoria en La Matas de Farfán.

Puso los mayores empeños para encontrarse “con su desamparado amigo el héroe del 27 de Febrero”, con quien estaba vinculado por amistad fraterna; y de no haberse salvado milagrosamente por Timoteo Ogando, viejo conocedor de la región fronteriza, hubiera caído también en las manos que entregaron a Sánchez y sus desventurados compañeros a cambio de míseras recompensas y mercedes con que la infamia fué retribuída por el crimen perpetrado.

Vuelto a Venezuela después de haberse consumado el sacrificio de los mártires de San Juan, permaneció allá hasta sentir las nostalgias de la tierra amada con el ansia de vivir el resto de sus días y morir en ella; y su ardiente deseo se vió

cumplido, teniendo a su regreso, durante algunos años, la responsabilidad de la defensa de nuestras fronteras.

Sin sospecharlo en los primeros años de su juventud, se vió arrastrado, por patriótico orgullo, a seguir la carrera de las armas y continuar en ella hasta las postrimerías de su vida. Desde que la abrazó, vivió con espíritu de soldado hasta morir en actitud de incansable vigilancia, en Las Matas de Farfán, el 24 de agosto de 1872. Recordando su vida abnegada y varias veces solitaria, vienen a mi pensamiento los versos finales de una balada heroica del inmortal poeta inglés Rudyard Kipling: "El viejo soldado no muere, sino que se desvanece".

De aquel hombre con un ánimo que era más firme mientras mayores fueran las dificultades, nació don Juan Pablo Pina, uno de aquellos que se caracterizan en la vida de los pueblos como dotados de un temperamento valeroso para la lucha, generosos sin limitaciones y emprendedores sin desmayo alguno. El hijo iba a mostrar que tenía condiciones morales iguales a las de su progenitor.

¡Los árboles que se levantan ennoblecidos en su fibra y contextura para recibir las acometidas

del huracán, se asemejan a ciertos hombres cuyo valor se acrece mientras son más frecuentes las adversidades y mayores las contrariedades que les asedien!

III. En el ámbito de San Cristóbal

En el año de gracia de 1882 y cuando con la llegada de la primavera se saturan los campos de aroma, se recargan de mieles los panales y más trasciende en el aire el olor de la caña de azúcar recién cortada, se celebraron en la población de San Cristóbal las bodas de Don Juan Pablo Pina y Doña Luisa Erciná Chevalier, ésta en segundas nupcias por la muerte de su primer esposo, Don Pedro Molina Peña. De la primera unión de ella fructificó una criatura de congénita dulzura que fué bautizada con el nombre de Altagracia Julia, y quien, con el tiempo vendría a ser objeto de reverencias nacionales en testimonio de sincera gratitud por ser madre del hombre que más ha engrandecido su Patria y ennoblecido su Historia.

Era tanta la afinidad existente entre los recién casados y tan recíproca la confianza que ambos se profesaban, que en aquel ambiente se respiraba siempre calor de nido y serena felicidad.

Aquel hogar era un ejemplo de moralidad y de buenas costumbres que con el tiempo quedó formado por los cónyuges, por la señorita de la casa en quien se concentraban todas las predilecciones; por Teódulo, tempranamente desaparecido de la vida y por Plinio, cuya reciente partida eneguese el pensamiento para dudarlo aunque el corazón sintiera el desgajamiento del roble desde el primer momento.

El virtuoso ciudadano Don Juan Pablo Pina, nacido en la ciudad de Santo Domingo de Guzmán, militó en las filas restauradoras y posteriormente fue Preceptor de Educación Pública en San Juan de la Maguana antes de fijar su residencia en la población de San Cristóbal como Maestro de Escuela.

Persona de ánimo resuelto, a la vez que cordial, muy pronto se granjeó relaciones que duraron a todo lo largo de su vida, pues desde el primer momento mostró su deseo de no ser considerado como un intruso sino acogido como un amigo de quienes quisieran considerarlo como un elemento de buena voluntad.

Celebrado ya su venturoso matrimonio con Doña Luisa Erciná Chevalier y fijada ya la piedra angular del nuevo hogar, ambos emprendieron una intensa labor educativa por imperativos de

su común vocación. Luego, él se dedicó a dar mayor amplitud a su vida de relación con los vividores de la comarca y, más luego, a dictar una serie de "Lecciones Dominicales", para ilustración de los alcaldes pedáneos y campesinos de la región sancristobalense, que constituyeron verdaderas cátedras de civismo.

¡Qué altruísmo el de aquel joven que en vez de consagrar el final de cada semana para disfrutar de merecido descanso a la sombra del dulce hogar, lo dedicaba a recorrer las secciones vecinas y darle alimento al espíritu de aquellos que estaban deseosos de recibirlo! Haciendo pareja con el esposo en tan digno empeño, la joven compañera acrecentaba su esfuerzo en la enseñanza de sus alumnos sin escatimar horas extraordinarias, siempre que no se opusieran al cumplimiento de sus deberes cristianos y patrióticos. El culto del Magisterio le venía por sangre a Don Juan Pablo Pina: su abuelo Pedro Pina era, como se llamaba entonces, en 1841, instructor de Primeras Letras, y Benito Pina fué, en 1853, Preceptor de la Escuela Primaria de San Carlos.

En ocasión de un recorrido que en 1882 realizó el señor Hostos por la región sureña de la República, consagró a San Cristóbal una de las más

brillantes páginas que nacieran de su pluma para recoger sus impresiones de viaje en aquella oportunidad. “Para mí, que amo la independencia más que la existencia, nada puede ser más grato que el aspecto de la población que voy a complacerme en describir”, dice el viajero en uno de los primeros párrafos de su reseña. En otro, significaba “que el pueblo tiene componentes mejores que todo eso, y son sus moradores”. Sigue diciendo el señor Hostos: “San Cristóbal tiene una porción de hombres, uno entre todos, que tiene todo el afán de progreso que es compatible con la pasividad de carácter que España y Turquía han transmitido a los pueblos que subyugaron o formaron”, aludiendo así a Juan Pablo Pina, el hijo del prócer trinitario, el ahijado de Juan Pablo Duarte, el compañero de Luisa Erciná Chevalier, sacerdotisa de la enseñanza en San Cristóbal.

Refiriéndose a las escuelas que visitó en San Cristóbal, el señor Hostos expresa: “De las cosas que más me han admirado: unos escolares increíbles, en quienes no se puede creer sino después de haberlos visto una y tres veces. ¡Qué muchachos! Más tranquilos, más ordenados, más respetuosos no los he visto en parte alguna, tan merecedores de la serie continua de sacrificios que se

hace en la modesta profesión del preceptorado, no creo que los haya en la República”.

“Verdad es que la índole de aquellos niños es singularmente bondadosa. Me enternece ahora mismo como entonces me enterneció: fué el símbolo de mi alianza con San Cristóbal”. En esa honrosa alianza entre el Maestro y la ilustre Villa, Juan Pablo Pina era la clave.

Otra manifestación de civismo que el señor Hostos señala aquí, “es la que, a fuerza de empeños y decisión para mover la enorme mole de la inercia pública, ha conseguido acomodar un bohío cualquiera, que uno de entre ellos ha cedido para desempeñar las funciones de teatro y para mantener vivo entre ellos y en el público la afición a las reuniones placenteras e instructivas”.

Respondiendo a las cívicas necesidades de aquel medio que Don Juan Pablo Pina consideró como el suyo propio, estableció a fines del pasado siglo una imprenta que llamó “La Paz”, en contraste con los tiempos turbulentos de aquella época. Tan sobresaliente munícipe murió en la ciudad de su nacimiento el 22 de julio de 1912, mientras ejercía las funciones de Director del Registro de la Propiedad, quedando confiada a la

digna sobreviviente mantener encendida la antorcha de la espiritualidad en San Cristóbal.

IV. Solidaridades entrañables

Dormidos ya sus mayores, su hermano Teódulo, y su hermano político Don José Trujillo Valdez en el regazo de la muerte, Plinio conservaba amor apasionado para su hermana Doña Altagracia Julia Molina Vda. Trujillo, figura céntrica de afectos y de merecidas consagraciones; por sus sobrinos Rafael Leonidas y Héctor Bienvenido, especialmente, y demás hermanos a quienes también profesaba ese cariño que en él era como parte de su propio ser, y por su digna esposa, doña Hercilia Seijas viuda de Pina Chevalier, que se desvivía por su salud, anticipándose siempre a sus deseos.

De su hermano Teódulo guardaba recuerdos muy vivos de la infancia, de los años galanos y de la mayor edad. Nunca fueron los suyos temperamentos contradictorios, porque los unía la veneración a sus padres y porque siempre dieron muestras de sociable y amable cordialidad.

El curso completo de telegrafía que recibió el joven Rafael Leonidas Trujillo Molina, lo aprendió con su tío Plinio quien advertía en él

—en aquella época—, condiciones y aptitudes para llegar a ser algo más que el primero de su ramo en la República. La descollante inteligencia de su sobrino no lo habría movido a recomendarlo oficialmente para empleo si, además, no hubiera reunido otras cualidades como las de su discreción, aplicación al estudio y carácter en el cumplimiento de sus deberes. Tiempo después, el sobrino predilecto decidió ingresar en la Escuela Militar de Oficiales, y ya la vida tomó otro rumbo para el soldado con alejamiento del ámbito natal. A la distancia el tío seguía, con legítimo orgullo, los ascensos de aquél hasta ser designado Jefe del Estado Mayor y, más tarde, escogido por una Confederación de partidos políticos como candidato a la Presidencia de la República. Ya para entonces Plinio comenzaba a sentir efectos de quebrantos que si afortunadamente no eran mortales, requerían largo tratamiento médico que en aquella época no se podía seguir en el país.

Por eso se fué al extranjero en vísperas de que el General Rafael Leonidas Trujillo Molina asumiera la conducción de los destinos nacionales. ¡Con qué brillo en los ojos recibía él las noticias del beneplácito público para el joven Primer Magistrado quien, casi a inmediatas de su juramento

presidencial, tuvo que enfrentarse con denuedo heroico a la muerte y la miseria causadas por un ciclón devastador! ¡Y con qué reciedumbre de esfuerzo venció a la miseria y a la muerte! Desde aquella época hasta el día de su fallecimiento, el corazón de Plinio se le crecía en llamas de admiración por aquel deudo carnal suyo al cual quería entrañablemente.

Su otro acendrado encariñamiento lo era el General Héctor Bienvenido Trujillo Molina, Honorable Presidente de la República. En distintas ocasiones el fenecido amigo hacía elogios de la comunidad de afectos existentes entre ambos hermanos, y al referirse al más joven hablaba de que su consagración a la política efectiva del Generalísimo era incompaginable con el número de sus años.

V. Actuaciones públicas

A fines de la primera década de este siglo Plinio B. Pina Chevalier se iniciaba en la vida pública como Administrador de Correos de San Cristóbal a la edad de 20 años y, posteriormente, desempeñó las funciones de Jefe del Servicio Telegráfico del Departamento Sur, con residencia en la misma población. Después fué designado por

el Honorable Ayuntamiento de San Cristóbal como Tesorero Municipal, cargo que ejerció por varios años con tan ejemplar honradez y eficacia que dicha oficina fué distinguida con laudatorios comentarios en la prensa de aquella época.

En los comicios electorales celebrados para elegir los diputados a la Constituyente de 1924 que debía conocer de reformas a la Ley Sustantiva en vigencia hasta entonces, su hermano Teófilo y él tuvieron el singular privilegio de formar parte de la representación de la Provincia de Santo Domingo en aquella importante Convención. Nombrado después Jefe del Impuesto de la Propiedad Urbana, en el desempeño de esas funciones se caracterizó por una actuación irreprochable y con mesura extraordinaria para conciliar tantos intereses creados con los del fisco, los cuales estaba defendiendo contra pretensiones carentes de justificación.

En las elecciones del año 1930, fué electo Diputado al Congreso Nacional por la Provincia de Santo Domingo y escogido para la Vicepresidencia de tan alto Cuerpo Legislativo por el voto unánime de sus compañeros; y a fines del año 1932 fué designado por el Excelentísimo Presidente Trujillo para asumir la cartera de Secretario de Estado de lo Interior, Policía, Guerra y Marina.

Su abuelo, el trinitario Pedro Alejandrino Pina, había desempeñado funciones similares en el año 1865.

En 1934 fué nombrado Agregado Comercial de la Legación en Washington y algunos años después Ministro Consejero Comercial de nuestra Embajada en aquella capital, en cuyas elevadas funciones le sorprendió la muerte.

Su actuación en el último cargo fué de indiscutible importancia, pues se trataba de asuntos que el Benefactor de la Patria le había confiado y que se relacionaban con la cancelación de la deuda externa de la República, gloriosa finalidad que encontró tantos escollos que vencer y que interesadamente se oponían a la conquista de nuestra libertad económica. Tuvo la honra de presenciar la firma del Tratado Trujillo-Hull, suscrito el 24 de septiembre de 1940, entre el Embajador Extraordinario y Plenipotenciario de la República Dominicana, Generalísimo Doctor Rafael Leonidas Trujillo Molina, Benefactor de la Patria y Padre de la Patria Nueva y el Honorable Cordell Hull, Secretario de Estado de los Estados Unidos de América. Días después de haberse efectuado aquella histórica ceremonia y estando ya de regreso en Nueva York, me escribía: "Me siento tan feliz y orgulloso que ya nada puede superar en mi

vida el goce que el Jefe nos ha proporcionado con la firma del 'Tratado'".

Heredero directo de las convicciones patrióticas que destacaron al abuelo paterno y distinguieron a sus recordados progenitores, Plinio B. Pina Chevalier tuvo siempre fe en que un día nuestro incierto rumbo sería enfilado definitivamente, y murió orgulloso de que Trujillo hubiera creado con sus manos la Patria Nueva y estarle trazando continuamente superiores proyecciones hacia el porvenir.

Fué tan esencialmente dominicano que cuando estaba en el extranjero aún la percepción de un aire musical nativo le llegaba a los oídos como un eco de la tierra lejana; y para sentirse más cerca de *eso* que en lo más íntimo de su ser vivía y que él sabía geográficamente distante, las horas más interesantes de las reuniones en su casa, eran aquellas en las que "La Voz Dominicana" transmitía noticias del país. ¡Era muy hondo su fervor por todo lo suyo!

VI. Tristezas del atardecer

Con la muerte de Don Plinio B. Pina Chevalier se cerró una vida que estuvo toda llena de exquisiteces y de emocionados sentimientos.

Era propósito suyo el de que este viaje fuera el último a realizar en su carácter de residente en los Estados Unidos de América, complaciendo así los constantes reclamos fraternales de su amada hermana Doña Altagracia Julia Molina Vda. Trujillo; y así me lo había expresado el día en que lo acompañé al aeropuerto asegurándome que antes de las Navidades estaría de regreso, definitivamente, para vivir más cerca de sus afectos en el país. Mientras se preparaba para ello, las manos descarnadas de la Muerte tocaron a su puerta y lo encontraron dormido; y ahora su alma comparecerá ante Dios para ser juzgada y responder de su actuación entre los mortales, si ha sido bondadosa o malvada, avarienta o desprendida, leal o infidente, sufrida o disconforme, paño de lágrimas o torturante corona de espinas, antes de tener cabida en los cielos de la eternidad. De ese juicio inapelable, aparecerá resplandeciente el espíritu de Plinio B. Pina Chevalier por haber vivido con hondo sentido cristiano.

Una voluntad noblemente excepcional confundida en su dolor con el de la digna y abatida compañera de quien ya reposa en el seno de la madre tierra, dictó conmovidas disposiciones para que fuera cumplido el deseo expresado por el extinto, en la plenitud de su vida, de dormir el

último sueño bajo los colores de su bandera y muy cerca de quienes él amara tanto. La nostalgia que sienten todos los buenos hijos de querer descansar en el rincón donde nacieron, ha sido satisfecha por el Benefactor de la Patria, y ya el cuerpo exánime de Don Plinio B. Pina Chevalier ha respondido "a la llamada del suelo".

Inolvidable amigo: Conturbado el ánimo todavía por el dolor de tu caída, me siento como envuelto en el vacío que sigue a la tempestad. Es que tú eras un modelo de amigos, en el trato personal como en el seno de hogares que te querían y que tú considerabas como prolongación del tuyo propio.

Este homenaje que rindo a tu recuerdo, —que por ser mío no deja de ser de todos los que te quisimos—, no es una despedida sino un "hasta luego", por la demora que el destino me tenga impuesta, en tanto me toque el turno inevitable para encontrarnos otra vez, que será la definitiva, y confundir en el abrazo eterno nuestras almas fraternas, aunque siempre será más serena la tuya que la mía. Hasta entonces, descansa en paz.

